

## **Personajes desesperados**

# Personajes desesperados

PAULA FOX

TRADUCCIÓN DE ROSA PÉREZ PÉREZ



**sextopiso**

## UNO

El señor Otto Bentwood y su mujer retiraron las sillas a la vez. Al sentarse, Otto contempló la cesta de paja donde había rebanadas de pan francés, una cazuela de barro llena de higadillos de pollo salteados, tomates pelados y cortados en rodajas en una bandeja ovalada de porcelana que Sophie había encontrado en una tienda de antigüedades de Brooklyn Heights, y *risotto* a la milanesa en un cuenco verde de cerámica. Una luz fuerte, un tanto atenuada por la pantalla de una lámpara de cristal de Tiffany, bañaba esas viandas. A poca distancia de la mesa del comedor, un manchón blanco y alargado, el reflejo del tubo fluorescente colocado sobre el fregadero de acero inoxidable, se extendía por el suelo delante de la entrada a la cocina. Las viejas puertas correderas que antes separaban las dos piezas de la primera planta se habían retirado hacía tiempo, de manera que, con sólo volverse un poco, los Bentwood alcanzaban a ver todo el salón, donde, a esa hora, siempre había encendida una lámpara de pie con la tulipa en forma de media esfera blanca, y podían, si querían, contemplar el viejo suelo de madera de cedro, una librería donde había, entre otros volúmenes, las obras completas de Goethe y dos estantes de poetas franceses, y el reluciente canto de un secreter victoriano.

Otto desplegó despacio una gran servilleta de lino.

—El gato ha vuelto —dijo Sophie.

—¿Te sorprende? —preguntó él—. ¿Qué esperabas?

Sophie miró la puerta de cristal que había detrás de Otto. Daba a un pequeño porche de madera, suspendido sobre el jardín trasero como un nido de cuervos. El gato estaba restregando su cuerpo sucio y escuálido contra la base de la puerta con suave insistencia. Su pelaje gris, del gris de los hongos arbóreos, era ligeramente atigrado. Tenía la cabeza inmensa, como una calabaza, con carrillos prominentes, impúdica, grotesca.

—No lo mires —dijo Otto—. No tendrías que haberle dado de comer.

—Supongo.

—Tendremos que llamar a la protectora.

—Pobrecillo.

—Se las arregla muy bien solo. Todos esos gatos lo hacen.

—Puede que su supervivencia dependa de gente como yo.

—Estos higadillos están muy ricos —observó él—. No veo qué importancia tiene que sobrevivan o no.

El gato se restregó contra la puerta.

—Ignóralo —dijo Otto—. ¿Quieres que todos los gatos callejeros de Brooklyn vengan a pedir comida a nuestro porche? ¡Piensa en cómo dejan el jardín! El otro día vi a uno cazar un pájaro. No son gatitos, ¿sabes? Son fieras.

—¡Fíjate en cuánto dura ahora la luz!

—Los días se están alargando. Espero que esta gente no empiece a tocar sus dichosos bongos. A lo mejor llueve, como la primavera pasada.

—¿Querrás café?

—Té. La lluvia los obliga a quedarse en casa.

—¡La lluvia no está de tu lado, Otto!

Él sonrió.

—Sí que lo está.

Sophie no le sonrió. Cuando fue a la cocina, Otto enseguida se volvió hacia la puerta. El gato, en ese momento, embistió el cristal con la cabeza.

—¡Qué feo eres, cabrón! —murmuró Otto.

El gato lo miró un momento y luego apartó los ojos. La casa tenía una honda solidez para Otto, que él sentía como una mano firme colocada en la rabadilla. Al otro lado del jardín, más allá de los inquietos movimientos del gato, veía las ventanas traseras de las casas de la gente pobre. Algunas estaban tapadas con trapos claveteados, otras con plástico transparente. Del alféizar de una de ellas colgaba una manta azul. Tenía un largo rasgón en el centro por el que Otto veía los desvaídos ladrillos rosas de la pared. El extremo deshilachado rozaba el dintel de una puerta que, justo cuando Otto iba a apartar la mirada, se abrió. Una gruesa anciana en bata salió al jardín y vació en el suelo el contenido de un saco de papel. Se quedó mirando la basura un momento y después volvió a entrar en casa arrastrando los pies. Sophie regresó con las tazas y los platos.

—Me he encontrado con Bullin en la calle —dijo Otto—. Me ha dicho que han vendido otras dos casas de ahí. —Señaló las ventanas traseras con la mano. Por el rabillo del ojo, vio saltar al gato, como si él le hubiera ofrecido algo de comer.

—¿Qué pasa con las personas que viven en ellas cuando las compran? ¿Adónde van? Siempre me hago esa pregunta.

—No lo sé. Hay demasiada gente en todas partes.

—¿Quién ha comprado las casas?

—Un valiente pionero de Wall Street. Y la otra, creo, un pintor que fue desalojado de su *loft* en el Lower Broadway.

—No hace falta valentía, sino dinero al contado.

—El arroz está delicioso, Sophie.

—¡Mira! Se ha acurrucado en ese saliente. ¿Cómo es posible que quepa en un espacio tan pequeño?

—Son como serpientes.

—Otto, sólo voy a darle un poco de leche. Sé que no debería haberle dado de comer. Pero ahora está aquí. En junio vamos a irnos a Flynders. Para cuando volvamos, ya habrá encontrado a otra persona.

—¿Por qué te empeñas? Lo haces por capricho. ¡Mira! A ti te da igual siempre que no tengas que ver al gato medio muerto de hambre. Esa dichosa mujer acaba de tirar la basura ahí mismo. ¿Por qué no va el gato a comérsela?

—Me da igual por qué lo hago —dijo Sophie—. El caso es que lo veo medio muerto de hambre.

—¿A qué hora tenemos que estar en casa de los Holstein?

—Hacia las nueve —respondió ella, camino de la puerta con un platillo de leche. Cogió una llavecita del dintel y la insertó en la cerradura. Luego, giró el picaporte de latón.

El gato maulló de inmediato y empezó a beberse la leche a lengüetazos. De las otras casas le llegó el débil tintineo de platos y cazuelas, el rumor de televisores y radios, pero los ruidos eran tan diversos que le costaba reconocerlos por separado.

El gato tenía la inmensa cabeza sobre el pequeño platillo de porcelana de Meissen. Sophie se agachó y le acarició el lomo, que se estremeció bajo sus dedos.

—¡Entra y cierra la puerta! —protestó Otto—. Se está enfriando la casa.

De repente, el quejumbroso gañido de un perro se abrió paso entre el murmullo reinante.

—¡Santo Dios! —exclamó Otto—. ¿Qué le están haciendo a ese animal?

—Los católicos creen que los animales no tienen alma —dijo Sophie.

—Esa gente no es católica. ¿De qué hablas? Van todos a la *iglesia*\* pentecostal que hay más arriba.

El gato había empezado a limpiarse los bigotes. Sophie volvió a acariciarle el lomo y pasó los dedos por él hasta el peludo recodo donde el rabo se alzaba en vertical. El gato se arqueó violentamente contra su mano. Sophie sonrió, preguntándose con qué frecuencia, o si alguna vez, lo habían acariciado, y seguía sonriendo cuando el gato se puso a dos patas, y también cuando sacó las uñas y la atacó, hasta el mismo instante en que le hincó los dientes en el dorso de la mano izquierda y estiró con tanta fuerza que ella casi se cayó hacia delante, atónita y horrorizada, pero lo bastante consciente de la presencia de Otto como para contener el grito que le surgió en la garganta cuando intentó sacar la mano de ese círculo de alambre de espino. Empujó con la otra mano y, cuando el sudor le perló la frente, cuando el dolor le atenazó la carne, dijo al gato: «¡No, no, para!», como si no hubiera hecho nada más que pedirle comida y, pese al dolor y la turbación que sentía, le asombró oírse la voz tan serena. Entonces, de golpe, las uñas la soltaron y se retiraron como si fuera a atacarla otra vez, pero luego el gato se dio la vuelta —como si volara— y saltó del porche para perderse entre las sombras del jardín.

—¿Sophie? ¿Qué ha pasado?

\* En español en el original. [N. de la T.]